

Utopía y comunicación mediática en América Latina

Por Manuel de Jesús CORRAL C.*

*De vez en cuando es bueno
ser consciente de que hoy
de que ahora
estamos fabricando las nostalgias
que descongelarán
algún futuro.*

Mario Benedetti, "Conjunciones"

AMÉRICA LATINA: área fecunda en cuanto a formulaciones utópicas, enriquecidas con las experiencias de su ejercicio. Formulaciones y experiencias que se han sucedido repetidamente en su historia. Muestran una formulación y experiencia utópicas pero permanece la función utópica que alimenta los sueños y los anhelos individuales y colectivos. Entre unas y otras, pues, ruptura y continuidad. Rastrear este punto, en sus nexos con la comunicación mediática, es uno de los objetivos de este primer acercamiento al tema.

Primera etapa: el libro

La búsqueda encantada.
Utopía para otros

LA invención de la imprenta y la llegada de los europeos a América abre y cierra, respectivamente, el siglo xv. En el siguiente siglo: ebullición de ideas, preocupaciones, intereses y sueños. Generadores de multiplicidad de sucesos.

Inventó polémica por la reproductibilidad de la obra, la imprenta es loada por unos y censurada por otros. Lope de Vega trasluce esta situación en su *Fuente Ovejuna*. Leonelo, licenciado en Salamanca, diserta con Barrido:

* Profesor del Colegio de Ciencias y Humanidades, Plantel Sur, de la UNAM; e-mail: <eburiki@gmail.com>.

No niego yo que de imprimir el arte
 mil ingenios sacó de entre la jerga,
 y que parece que en sagrada parte
 sus obras guarda y contra el tiempo alberga;
 ésta las distribuye y las reparte,
 débese esta invención a Gutemberga,
 un famoso tudesco de Maguncia,
 en quien la fama su valor renuncia.
 Más muchos que opinión tuvieron grave,
 por imprimir sus obras la perdieron;
 tras esto, con el nombre del que sabe,
 muchos sus ignorancias imprimieron.
 Otros, en quien la baja envidia cabe,
 sus locos desatinos escribieron,
 y con nombre de aquél que aborrecían,
 impresos por el mundo los envían.¹

Con el papel como soporte, la imprenta representa la consolidación del texto lineal cuya lectura demanda el desarrollo de la vista. Sus ventajas: permanencia y durabilidad del registro escrito, ampliación del campo de lectores, apelación a la capacidad de reflexión e imaginación del lector, posibilidades de regreso al texto cuantas veces se quiera. Sus efectos encontraron anclaje firme en la condición humana. Preservación de la memoria histórica y transmisión de los conocimientos le deben su existencia. Bibliotecas y hemerotecas, testigos elocuentes de sus beneficios. Su primer producto: el libro. No ha podido ser desplazado por medios más sofisticados de que dispone la sociedad contemporánea. Por efecto de éstos, los públicos se están reacomodando. Pero el libro mantiene el suyo.

La producción bibliográfica en América

La imprenta llegó tempranamente a América y se engarzó con los hechos históricos. Vale prestar atención a los datos del cuadro de la página siguiente.²

La narración de los hechos históricos ha quedado registrada en varios géneros literarios, en los que sobresalen la comunicación epistolar y la crónica histórica aderezadas con elementos fantásticos, productos éstos de los imaginarios suscitados por lo recién visto y oído. Desde el principio se empezó a registrar una vasta producción intelectual.

¹ Félix Lope de Vega y Carpio, *Fuente Ovejuna*, Madrid, Salvat, 1969.

² Carlos Alvear Acevedo, *Breve historia del periodismo*, México, Jus, 1965.

País	Año	Introducción
México	1535 o 1536	Juan de Zumárraga
Perú	1580	Antonio Rocha
Paraguay		Juan Bautista Neuman y José Serrano
Bolivia		
Juli	1612	
Guatemala	1660	
Cuba	1707	
Haití	1736	
Colombia	1738	
Nicaragua	1742	
Chile	1749	
Ecuador	1754	
Argentina		
Córdoba	1766	Pablo Karer
Buenos Aires	1780	Vértiz y Salcedo
Rep. Dominicana	1783	
Uruguay	1807	
Brasil		
Río de Janeiro	1747	

tual. Se escribía aquí y se publicaba en la metrópoli. Influyó en ello el costo de la publicación y los mecanismos censores. Esto último válido sobre todo para textos que no rimaran con el discurso real. Lo verdaderamente importante es que se escribía ya *en* el nuevo contexto. Aunque no siempre *desde* él. Testimonio elocuente de lo anterior fueron, por ejemplo, las *Cartas* de Cristóbal Colón sobre los inicios de la exploración continental. Los informes de Hernán Cortés en sus *Cartas de relación* sobre sus experiencias en la conquista o la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, narradas genialmente por Bernal Díaz del Castillo para que “cosas tan heroicas [...] no se olviden, ni más las aniquilen, y claramente se conozcan ser verdaderas”.³ Los textos fantasiosos de Marcos de Niza en *Siete ciudades de Cibola* o los de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca en *Naufragios y comentarios*. Más tarde, en tono épico, la *Crónica de la Nueva España*, de Francisco Cervantes de Salazar (1514-1575), *Grandeza mexi-*

³ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México, Porrúa, 1960, p. 1.

cana de Bernardo de Balbuena (1561-1627) y, en Chile, *La Araucana* de Alonso de Ercilla (1534-1594).

La producción intelectual, ya con iniciales rasgos de autoctonía, empezó tempranamente en la América hispana. Sea en su versión mestiza: los indios ilustrados Hernando de Alvarado Tezozómoc (1519-1598) con su *Crónica mexicana* y Fernando de Alva Ixtlixóchitl (1568-1648) en México, el Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616) con sus *Comentarios reales*, en Perú, y el obispo mestizo Lucas Fernández de Piedrahita (1624-1688), en Colombia, con su *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*; o sea en su versión criolla: el dramaturgo Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza (1580-1639) y, más tarde, la magistral sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695). Por su peso en los imaginarios del nuevo ser latinoamericano destaca, en el siglo xvii, el texto *Nicán Mopohua*, del indio Antonio Valeriano, con su narración sobre las apariciones de la Virgen de Guadalupe, símbolo de lo nuevo que estaba germinando. Prolífica fue también la producción artística con sello indio o mestizo; se puede constatar, por ejemplo, en la pintura y arquitectura virreinales de México, Quito, Perú o Guatemala. La producción bibliográfica en México a lo largo del periodo novohispano se puede apreciar si consideramos que desde la introducción de la imprenta hasta fines del siglo xvi 174 obras, de un total de 234, pertenecen con toda certeza a autores novohispanos y que durante todo el régimen colonial se publicaron 14 701 libros.

Producción bibliográfica con contenido utópico

El filósofo argentino Arturo Andrés Roig ha rastreado la presencia de la función utópica en “nuestra historia”. En larga cita señala con atinencia:

América, es bien sabido, nació bajo el signo de lo utópico, largamente anticipado desde la Antigüedad Clásica y, una vez nacida para la historia de Occidente, provocó, esa misma América, un despertar de nuevas utopías, las del Renacimiento. Y si bien las más célebres y conocidas utopías de esa época, la de Tomás Moro y la de Tomás de Campanella, no surgieron de la literatura española o portuguesa, no cabe la menor duda de que lo que podríamos denominar propiamente “experiencia de lo utópico”, constituyó un fenómeno típicamente iberoamericano. Dentro de la riqueza temática que muestra nuestra historia de las ideas, tal vez no haya un campo en el que lo ibérico y lo americano se den tan estrechamente consustanciados.⁴

⁴ Arturo Andrés Roig, “La experiencia iberoamericana de lo utópico y las primeras

El europeo no encontró en América un espacio vacío sino tierra densamente poblada y en amplias zonas, culturas desarrolladas. La búsqueda encantada o utopía para otros se concretó de dos maneras: en el Sur derivó en el mestizaje biológico y cultural, con la resistencia de los vencidos por las armas; en el Norte adoptó la forma de exterminio como una especie de anticipado *fast track*. En ambos casos la colonización se llevó al cabo de manera rebujada. La afanosa búsqueda encantada configuró la condición de “dependencia”, con sus repercusiones políticas, económicas y culturales. Y, en estas últimas, afectaron las relaciones de “comunicación”.

En ese rebujo, fecundas fueron, a contrapelo, las ideas utópicas como versión y visión alternativas. Impulsadas por religiosos bienintencionados, inspiradas en las formulaciones de las utopías renacentistas, fueron soflama a lo largo del periodo de la conquista y de la Colonia y constituyeron su lado luminoso. Utopías de todo tipo: en el campo de la producción académica; en el ejercicio del derecho; en las formas de organización social y económica. Consejo, menor o mayor, iberoamericano. Más que teorizaciones ellas fueron, como señala Arturo Andrés Roig, “experiencia de lo utópico”. Ese anclaje en la vida marca la diferencia. El discurso mismo es de otra índole. Recoge la visión de “los de adentro”, condena los abusos cometidos contra los aborígenes, pone en duda la legitimidad de la conquista. Argumenta desde la teología, la filosofía, el derecho de gentes etc. Y se vale de la misma técnica argumentativa del discurso hegemónico, pero con un contenido “otro”. En unos autores más fuerte, en otros, más atenuado, pero, en todos los casos, diferente al discurso de “los de afuera”.

Distancia y diferencia las hay entre un autor utópico y otro. Por ejemplo, entre la utopía lascasiana, plasmada en textos como la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, *Historia general de las Indias*, *Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión*, y la visión franciscana sobre la evangelización, unos de cuyos representantes más connotados fueron Bernardino de Sahagún, en *Historia general de las cosas de Nueva España*, y Pedro de Gante con sus colegios para indios. En el caso de Bartolomé de las Casas no era ya, por ejemplo, sólo disertar sobre el derecho de gentes sino cómo entenderlo y aplicarlo en un contexto geográfico y cultural completamente nuevo; cómo hacer, por tanto, un uso alternativo del

derecho. Bien escribe Jesús Antonio de la Torre cuando sostiene al respecto: “Se trata de un uso alternativo del Derecho. Se está planteando no la solución ideal, sino una que aparece como posible, tratándose de ubicar en la realidad social indiana y con los mecanismos políticos y jurídicos que se tienen al alcance”.⁵

En todo ese largo periodo histórico el libro se impuso como medio y vehículo de difusión masiva. Con las limitaciones que se quiera, en esos textos lineales se encuentra presente ya una visión de América “otra”. Y lo mismo vale sobre sus pobladores, considerados ya como sujetos de derechos. Elementos utópicos fundantes de la *magna utopía* ibero o latinoamericana. Utopía justiciera en tanto porfía de ruptura de la dependencia.

Segunda etapa: el periodismo

El encuentro desencantado. Utopía para nosotros

Al lado de las ideas hegemónicas se van abriendo paso las ideas subalternas. En una dialéctica que “se organiza sobre la posibilidad de una ruptura de las totalidades objetivas”.⁶ Dialéctica que va generando lo hasta entonces “no dado”. La dominación nunca fue absoluta. No impidió los vasos comunicantes entre los dos mundos. Eso “no dado” fue madurando en un largo proceso, lento pero sostenido. Afectó desde lo biológico hasta lo cultural, pasando por lo económico, lo político y lo social. Se llama *mestizaje*, con sus respectivas expresiones en lo cotidiano y en las demás esferas de la vida. El cuerpo y el rostro latinoamericano se fue tiñendo, como dirían los zapatistas, del “color de la tierra”. Cuerpo y rostro con atuendo propio en tanto asunción de “lo de adentro”, pero con incorporación y apropiación también de elementos de “lo de afuera”. Y no sólo el atuendo, también la gastronomía, las actividades de diversión. Mestizaje, más aún, en el campo de la cultura y de las letras.

Los sueños y anhelos de la “utopía para otros” desembocaron en las utopías hegemónicas del pillaje. Murió una utopía, pero no la función utópica. Paralelamente a ellas se desarrollaron utopías alternativas como simiente fecunda para la formulación de la utopía magna ibero o

⁵ Jesús Antonio de la Torre Rangel, *El uso alternativo del derecho por Bartolomé de las Casas*, México, Universidad Autónoma de Aguascalientes, 1991, p. 98.

⁶ Roig, “La experiencia iberoamericana de lo utópico y las primeras formulaciones de una ‘utopía para sí’” [n. 4], p. 55.

latinoamericana, aquella que recogía los anhelos más profundos de ese conglomerado de pueblos con historias y culturas cercanas, que por su constitución cultural, más que biológica, Bolívar llama “especie media”.⁷ Proceso de toma de conciencia del ser americano frente al ser europeo: especie media que empieza a pensar desde su propio *topos* en función de lo que América sería o podría o debería ser por sí misma.

Paralelamente, a finales del siglo XVIII sobreviene el declive gradual de la hegemonía española, a favor de la potencia en ciernes: Inglaterra. A partir de ahí, búsqueda de futuro desde lo que Roig denomina una “utopía para sí”. Que aquí se denomina utopía “para nosotros”. Elementos nucleares en esa utopía para sí fueron, desde el principio, la justicia y la libertad. No para pocos, sino para todos. Utopía por cuya realización se luchará, ahora entre los de aquí contra los de allá. Lucha de aquéllos por la república, y de éstos por la monarquía, pero sin que, en el primer caso, ese “contra” se convirtiera en un absoluto. Utopía justiciera y libertaria en pro de la Independencia. Se veían y se querían a sí mismos como pueblos soberanos. Primero desde una vertiente indígena: Túpac Amaru. Después, y bajo el ideal de la Revolución Francesa, con igualdad de derechos para todos. Y en el sueño de Bolívar: comunidad de naciones.

Entre los precursores de la independencia destaca en el tiempo la rebelión anticolonial de Túpac Amaru. Con su anclaje incaico, ofrece un programa incluyente. Inclusión de todos con base en la unidad en la diversidad. Intuición de un paradigma que recoge y privilegia los elementos del “nosotros”, más cercano, por ello, a los pueblos originarios. Pero también, entre los próceres, habría que tomar en cuenta a los integrantes del exilio y a los intelectuales latinoamericanos residentes o estudiantes en Europa, unos y otros criollos en su mayoría. Vinieron después los próceres. Simón Bolívar entre todos. Con las limitaciones de clase que se quiera, la utopía bolivariana mantiene la idea de la inclusión de las diferencias étnicas, de origen geográfico-cultural y condición social. Utopía que entronca con la tupacamarista en cuanto asunción de lo indígena y europeo. Y se singulariza ahora por su dimensión continental: integrar, en la diversidad, a las nuevas repúblicas independientes. Aunque no hecha explícita, subyace la intención de favorecer la interacción y con ello la comunicación.

Para la puesta en práctica de las utopías libertarias e integracionistas no bastaron, empero, la genialidad y generosidad de sus autores. So-

⁷ Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*, México, UNAM, 1978 (*Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, núm. 1), p. 17.

bre los sueños se impuso la dura, cruda y ruda realidad. El *topos* sobre el *u-topos*. La historia de las nuevas naciones tomó otros derroteros. Venció la política caudillesca y burocrática. Reproducción de modelos traídos “de allá” sin respeto ni arrimo a lo “de aquí”. Sin anclaje, pues, en la realidad propia y sí aplicados miméticamente aquí. Republicanismo con supuesta división de poderes, constituciones republicanas copiadas y, por ello, con exclusión de lo que tuviera resabios de tradición y atraso: los pueblos indios. Desaparecieron el rey y su corte pero el poder unipersonal se metamorfoseó: caudillo en lugar de rey y élite en lugar de corte. Se dio en esto una suerte de *nepantlismo político*: repúblicas con constituciones, pero sin dar paso a la participación de todos. El pueblo, en cuyo nombre se buscaba legitimación, se convirtió, en la práctica, en entelequia retórica. En el conjunto de naciones, y al interior de cada una, diversidad sin unidad. Abandono y olvido del ideario bolivariano e incomunicación permanente en medio de un caos cotidiano. Utopías, por ello, del encuentro desencantado.

La producción periodística

Durante el largo periodo colonial el libro, y a su lado el opúsculo, siguió siendo en América el más eficaz vehículo del proceso civilizatorio. La difusión abierta de ideas por ese medio, hasta donde los controles políticos e ideológicos lo permitían, tuvo varios efectos en la sociedad latinoamericana: hizo presente a la región en la historia universal, construyó nuevos imaginarios en los sujetos sociales, creó nuevos escenarios para la acción política hasta llegar el siglo XVIII. Desde el punto de vista de la comunicación, cabe notar un factor capital para acelerar la ruptura de las colonias americanas con las metrópolis europeas e impulsar los proyectos propios: la prensa. Tempranamente habían aparecido las publicaciones periódicas, en sus diversas modalidades: hojas

País	Año	Tipo de publicación
México	1541	Hoja volante
Guatemala	1729	Publicación mensual
Perú	1743	Publicación bimensual
Cuba	1764	Gaceta de La Habana
Colombia	1785	Hoja de avisos y Gaceta
Argentina	1801-1802	Periódico
Uruguay	1810	Periódico

volantes, gacetas, boletines, semanarios, diarios. En el cuadro de la página anterior doy sólo unos ejemplos.⁸

Contemporáneo de sor Juana fue el científico y polígrafo Carlos de Sigüenza y Góngora. Ya en 1693 había publicado el *Mercurio volante* con la noticia de la recuperación de las provincias de Nuevo México conseguida por Diego de Vargas Zapata y Luxán Ponze de León, gobernador y capitán general de aquel reino. A finales del siglo XVIII los escritos en la prensa ampliaban el campo de difusión de las ideas y éstas se hacían visualmente concretas y presentes en forma de dibujos, pinturas y grabados periodísticos. La comunicación epistolar y la proliferación de impresos de todo tipo y extensión fueron instrumentos eficaces para impulsar los anhelos de independencia. En la primera mitad del siglo XIX se aunaba un elemento más, el naciente romanticismo en Europa. Cambio de época y hasta de estilo en el arte, en la producción literaria, en concreto: reacción frente al academicismo y las formas clásicas. Énfasis en el individualismo, sí, pero planteamiento también de recuperación del sentido de la comunidad. Y, de ahí en más, de la dimensión social de la actividad artística. Innegables ciertos nexos entre el romanticismo, los ecos de la revolución y el socialismo utópico, por ejemplo.⁹ El utopismo de los próceres de la Independencia latinoamericana se liga así con el surgimiento y expansión de ese movimiento romántico.

Varias influencias filosóficas confluyeron en la gestión y evolución de la Independencia de América Latina: el pensamiento ilustrado, las revoluciones inglesa, francesa y estadounidense y hasta el pensamiento escolástico renovado. Con el tiempo, y al calor ya de la lucha, explotación también de las nuevas posibilidades expresivas de la prensa periódica. Ésta, en efecto, añadió a la poesía, al drama y a la crónica, otros géneros propios del periódico: el artículo de opinión y el ensayo. El periodismo inauguraba, en cualquier caso, nuevas formas de decir las cosas. De manera que fueran entendidas por públicos amplios, heterogéneos y anónimos. Aunque tardíamente, la Constitución de Cádiz consagró la libertad de prensa el 18 de marzo de 1812. Elemento éste relevante aun en obras literarias de carácter costumbrista. En esa lucha se hicieron y se caldeó la primera generación de periódicos y periodistas latinoamericanos. Baste mencionar sólo algunos:¹⁰

El periódico en sus distintas modalidades empezaba a cumplir tareas muy precisas y diferentes a las del libro: a) desde el emisor apare-

⁸ Cf. Alvear Acevedo, *Breve historia del periodismo* [n. 2].

⁹ Cf. Roger Picard, *El romanticismo social*, México, FCE, 1987.

¹⁰ Alvear Acevedo, *Breve historia del periodismo* [n. 2].

País	Periódico	Año	Responsable(s)
México	<i>Diario de México</i>	1805	Javier de Villaurrutia y Carlos Ma. de Bustamante
	<i>Despertar Americano</i>	1811	Miguel Hidalgo y Costilla y Francisco Severo Maldonado
	<i>El Pensador Mexicano</i>		Joaquín Fernández de Lizardi
Venezuela	<i>Gazeta de Caracas</i>	1808	
	<i>El Correo del Orinoco</i>	1818	(Publicado en Angostura en defensa de la campaña bolivariana)
Argentina	<i>Correo del Comercio</i>	1810	Manuel Belgrano
	<i>Gaceta</i>		Mariano Moreno (influencia rousseauiana)
Colombia	<i>La Bagatela</i>	1810	Antonio Nariño
Chile	<i>La Aurora de Chile</i>	1812	Camilo Henríquez (influencia rousseauiana)

cía como instrumento de registro del acontecer cotidiano a partir de textos elaborados ex profeso; b) desde el receptor se desempeñaba como fuente de información y conocimiento de hechos que afectaban su mundo más inmediato. Ofrecía también varias posibilidades a quienes en sus páginas ponían por escrito sus ideas: innovación en el ámbito del lenguaje para acercar el texto a públicos no especializados; pero también metodología específica en cuanto al modo de acercamiento a la realidad para analizarla y lograr un conocimiento más certero de ella.

Ensayo y utopía en el pensamiento latinoamericano

Existe marcada preferencia por el ensayo, como posibilidad expresiva, en los pensadores clásicos latinoamericanos. Precursores, próceres y emancipadores mentales encontraron en él el vehículo más adecuado para expresar sus ideas sobre el futuro de las nuevas naciones. La Ilustración era ya una realidad en Europa. La temática filosófica y moral había salido de los recintos académicos. Era preciso convertirla en

tema de conversación cotidiana y, para acercarla a un público mayor, la prensa era un vehículo idóneo. Filósofos y literatos publicaban sus ensayos en periódicos de la época. Era la llamada “literatura por entregas”. Los ensayistas latinoamericanos adoptaron el género y le imprimieron su sello propio: “motivaciones éticas” en tanto imposibilidad moral de evadir su responsabilidad ante las urgencias sociales y políticas del momento y del lugar y “valor epistémico” tanto como género en sí, por sus posibilidades para conocer la realidad, como por lo que por su medio dicen sus autores.

María Andueza asigna al ensayo latinoamericano algunos rasgos sobresalientes. Primero: no es “sólo juego de amena literatura y divertimento”, sino también “respuesta al tiempo”, que hace de él una “literatura de ideas”. Segundo: adquiere “carácter de urgencia”, pues reclama la “respuesta inmediata” a tantos dramáticos interrogantes y conflictos.¹¹ Por ello, considera al género “patrimonio común de Latinoamérica”. Horacio Cerutti, por su parte, desarrolla en forma sucinta cuatro puntos de vital importancia: el ensayo como búsqueda de nuestra expresión, la alteridad en su seno, su dimensión gnoseológica y su dimensión ética. En cuanto a sus posibilidades comunicativas señala cómo el ensayo “permite captar quizá mejor toda su carga operativa sobre la realidad”, “aspira a su cumplimiento y, por tanto, su acercamiento a la realidad está requiriendo confirmación” y como “el otro sujeto, interlocutor, receptor etc., es condición de posibilidad misma de la enunciación y, por ello, de lo que puede haber de conocimiento en el ensayo”.¹² Vista así, la tradición ensayística latinoamericana rompe los cotos cerrados de la academia y busca nuevos nichos para que el mensaje contenido en el texto amplíe sus horizontes. Baste mencionar sólo algunos ejemplos.

Simón Rodríguez (1771-1854) escribió ensayos periodísticos que fueron publicados sucesivamente en varios países del Sur americano: *Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras de Caracas y medios de lograr su reforma por un nuevo establecimiento* (1794); *Defensa de Bolívar y sociedades americanas* (1840) en *El Mercurio de Valparaíso*; *Crítica de las providencias del gobierno* (1843) en Lima; y *Extracto sucinto de mi obra sobre educación republicana* (1849) en *El Neo-Granadino* de Bogotá. Otro tanto

¹¹ María Andueza, “Trayectoria y función del ensayo hispanoamericano del siglo xx”, en Horacio Cerutti Guldberg, coord., *El ensayo en Nuestra América: para una reconceptualización*, México, CCYDEL-UNAM, 1993, p. 2.

¹² Horacio Cerutti Guldberg, “Hipótesis para una teoría del ensayo”, en *ibid*, p. 17.

podría decirse de los ensayos de Francisco de Miranda, Servando Teresa de Mier y del mismo Simón Bolívar.

Más adelante siguió la brega y la refriega en esa línea utópica. Nueva realidad política, social y cultural y nuevos sujetos políticos entre los que se cuentan los mejores pensadores y escritores del ámbito latinoamericano. Creatividad sin cuento para hacer de estas repúblicas un cuerpo social fuerte. Confluían así liberales radicales, socialistas utópicos, anarquistas, socialistas. Utopías divergentes pero todas apuntando a un cambio de tipo de sociedad. La consolidación del ensayo como género literario a principios del siglo XIX coincidió con el surgimiento y desarrollo del modernismo. Los emancipadores mentales José Martí y José Enrique Rodó se inscriben en esa tradición. Del primero *Nuestra América e Ismaelillo*. Del segundo *Ariel, Los motivos de Proteo, El mirador de Próspero y Hombres de América*.

Tercera etapa: medios electrónicos y digitales

El deseo viviente. Utopía para todos

DE la búsqueda al desencanto; del desencanto de nuevo al deseo. Todo atravesado por la lucha por la hegemonía. El forcejeo de unos y otros. O mejor, de unos contra otros. Tal ha sido la historia de lo que Martí llamó “nuestras dolorosas repúblicas de América”.¹³ Herencias del pasado, del siglo XIX en particular: problemas, insuficiencias y limitaciones. En lo externo: la permanencia de la dependencia y republicano como forma de organización política, pero sin tradición democrática. En lo interno regional: incapacidad política para la integración económica y política de una comunidad de naciones. Hoy, como consecuencia, mengua de soberanía y crónica desigualdad social en la distribución del ingreso y de los beneficios sociales. Y, por ello, nula presencia en la agenda de los países enriquecidos y nula influencia en las decisiones de los organismos internacionales.

De la dictadura político-militar del siglo XIX, o militar-política de la segunda mitad del siglo XX, se ha llegado ahora a la dictadura económico-militar-política de los consorcios supranacionales y organismos internacionales. Supra e internacionales, pero con una entidad política de base situada en el Norte. Mercado tiránico al que los gobernantes de los países empobrecidos del Sur parecen rendir un culto desme-

¹³ José Martí, *Nuestra América*, México, UNAM, 1978 (*Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, núm. 6), p. 6.

dido y ante el que sacrifican a sus gobernados. Con engaños: inversiones para crecer, productividad para ser competitivos, eficacia y eficiencia para llegar a ricos. En la base social: frustración, desengaño y hartazgo de la política. Y no obstante esta situación desilusionante, hay un deseo viviente. Se quiere, se busca como una utopía para todos. Se lucha por ella con múltiples sujetos sociales y políticos. Movimientos sociales débiles, quizás, pero activos. No quieren ser representados, sino hacerse presentes y participar. No quieren ser hablados, sino hablar. En esa utopía para todos está contenida también la utopía de la democracia. Ésta implica al menos dos cosas: *a)* la transformación radical de la realidad subjetiva desde su misma vida cotidiana y, *b)* la transformación de la realidad objetiva, misma que supone la toma del poder por todos como posibilidad real para el ejercicio de una democracia participativa que beneficie a todos.

La producción mediática

A finales del siglo XIX la prensa era una realidad consolidada en prácticamente todos los países de la región. Se le llamó “el cuarto poder”, y a ella se sumaron, en los últimos años, el cine y la radio. Prensa, cine y radio jugaron un papel destacado en los procesos políticos y culturales de América Latina. Los medios se consagraron como espina dorsal del poder. Al gobernante en turno, su uso le significaba garantía de eficacia ideológico-política para legitimarse ante los gobernados. Con un *plus* para su persona: hacerse presente en los nuevos medios le daba un toque de distinción, elegancia y modernidad. En México, por ejemplo, el presidente Porfirio Díaz explotó con éxito este recurso, y lo mismo sucedió en otras latitudes de la región. Si para eso eran útiles los medios, con mayor razón para impulsar las acciones militares de revolucionarios como Francisco Villa, por ejemplo. Más tarde se les utilizó también para llegar a públicos más amplios en las campañas presidenciales.

En los cuarenta y cincuenta se inauguró, y rápido se impuso, la televisión. Y a poco andar, sobrevino la revolución electrónica. Los medios se conformaron como industria, estatal o privada. Las noticias se volvieron mercancía. Concreción de la capacidad del capitalismo para revolucionar la tecnología. Y a partir de esa revolución consolidar su dominio material y simbólico. A juzgar por los hechos, las fuerzas sociales del poder y del dinero vieron y explotaron ese potencial de los medios y, en particular, de la televisión. Confianza en ellos de los go-bernantes para salir del atraso vía la tecnología. Así lo planteo la teóna

del desarrollismo. Pero en contraparte, algunos hechos en este periodo que recogen las ideas utópicas (libertad, soberanía y derechos humanos) y se hacen presentes en los medios, como reclamo de justicia, fueron los siguientes:

— la Revolución Cubana recogía y aceleraba la utopía libertaria en el continente. Alentó el imaginario colectivo. Afloraron los símbolos que anunciaban lo nuevo. A favor y en contra, los medios hablaban del hecho. A favor, pocos medios con criterios democráticos y un sinnúmero de medios —publicaciones y radios— que dieron en llamarse alternativos. En contra, los monopolios mediáticos —externos e internos— del momento;

— la resistencia a las políticas de Estado antipopulares vino de amplios sectores sociales que se sumaron a la utopía libertaria. Unos se incorporaron a la lucha armada, otros, los más, emprendieron acciones de educación y de comunicación popular. Educación desde una perspectiva freireana para leer el mundo y comunicación desde un paradigma horizontalista para desatar la palabra. Proliferaron los medios alternativos: periódico mural, revistas, semanarios (prensa naninca en Brasil) y estaciones de radio (radios mineras en Bolivia). No siempre, por desgracia, con contenidos y gestión democrática. Pero era, quizás, lo menos autoritario que se tenía por el momento. La producción cinematográfica más cercana a esas búsquedas democráticas conoció también un nuevo impulso. Con la corriente Cine Junto al Pueblo en Bolivia o el Cinema Nuovo en Brasil y, otro tanto, en Chile, Argentina y México;

— el triunfo de la Unidad Popular significó un rayo de esperanza para estos anhelos. Su gobierno fue expresión clara de la libertad de prensa. Proliferaron las publicaciones progresistas y las expresiones libres en radio y televisión. En Perú, el gobierno del general Juan Velasco Alvarado intentó también una reforma en los medios. Constituyó empresas de carácter social: que cada sector social tuviera su propio órgano de información;

— en el último tramo de los años setenta surgieron dos hechos que, en el ámbito de la comunicación mediática, hicieron mucho barullo en la región: la lucha por un Nuevo Orden Informativo Internacional (NOII) y las Políticas Nacionales de Comunicación (PNC), propuestas en San José, Costa Rica. El NOII fue una iniciativa promovida por la UNESCO. No fue exclusivo de los actores sociales latinoamericanos, sino también de muchos otros de los entonces Países No Alineados. Se trataba de romper el control de la información en poder de los Estados del centro industrializado. Que la periferia también tuviera acceso libre a la

generación de información a través de sus propios canales. Esto implicaba restricciones a los monopolios internacionales y democratización de la información. Exigencia justiciera que se encontró con la resistencia, primero de Estados Unidos y, posteriormente, de Gran Bretaña. Argumentaban que aceptar tal exigencia sería ir contra el principio del “libre flujo de la información”. El resultado de esa lucha fue el documento *Voces múltiples: un solo mundo* (1980), elaborado por una comisión presidida por Sean Macbride. Documento cuya aplicación ha sido aplazada, pero queda al menos como constancia de los impulsos utópicos que latían en quienes dieron la batalla. Ha sido, por tanto, una utopía postergada. Otro tanto se puede decir de las Políticas Nacionales de Comunicación, propuesta muy generosa que intentaba sacar a nuestra América del entelerimiento autoritario en materia de información y comunicación. El boliviano Luis Ramiro Beltrán, uno de sus impulsores, consideró en su momento que:

forjar una política democrática —como la propuesta en San José— involucra las complejidades y dilaciones propias de los procedimientos de consulta y conciliación, legales y pacíficos. No es, por tanto, cosa fácil. Pero ello no debería llevar a descartar el ideal porque, como diría Freire, no podemos renunciar a la utopía. A guardemos, pues, con fe y perseverancia. Insistamos en todo lo posible. Aprovechemos coyunturas. Ganemos terreno así sea sólo paso a paso.¹⁴

El miedo y el temor a la represión de Estado flotaba en el ambiente. A pesar de ello, los sectores populares no cesaron en manifestar sus inconformidades y búsquedas. En lo económico, la deuda externa ahondó la desilusión mientras en lo político, los gobiernos militares cedieron el paso a los civiles. Cesión no gratuita sino por exigencia popular que abría con ello un espacio a la democracia. Mientras tanto, las fuerzas revolucionarias hechas poder en Nicaragua, o en lucha en El Salvador y Guatemala, fueron conscientes del poder de los medios. En el primer caso, se contó con ellos para profundizar el trabajo político y consolidar los logros de la Revolución. El diario *Barricada* y la radio y televisión oficiales jugaron en ello un papel destacado. En el segundo, como ejemplos de medios alternativos, fue decisivo el papel que jugaron Radio Farabundo Martí en el caso de la Revolución Salvadoreña y, con sus características propias, la agencia de noticias Cerigua en Guatemala. Medios todos con insuficiencias en cuanto a contenidos y gestión de-

¹⁴ Patricia Anzola, “No renunciemos jamás a la utopía”, entrevista a Luis Ramiro Beltrán, *Chasqui* (Quito), núm. 3 (abril-junio de 1982), p. 7.

mocráticas, pero era con los que se contaba en el momento. A esos medios ha de añadirse el uso dado, en todo el ámbito latinoamericano, al video y, en menor medida, al documental, para registrar los hechos y fijar la memoria. El video tenía, además, la ventaja de circular de mano en mano y hacer con ello que el mensaje llegara a amplios públicos en diferentes contextos. Y en el nuevo contexto de escasez de medios alternativos la proliferación de películas y programas en los medios electrónicos privados.

A continuación, la muerte súbita del socialismo y, con ello, la proclamación del “fin de la historia”. Fallido concepto para indicar el triunfo definitivo del capitalismo. En este trayecto, desconcierto y desbandada de muchos actores políticos y sociales. El peso de la continuación de la lucha recayó en nuevos actores: mujeres, ecologistas, indígenas y defensores de derechos humanos. Con diferentes orígenes ideológicos, de etnia y de clase. Cada uno con sus utopías específicas pero la siempre furtiva “utopía de la democracia” como utopía general compartida. En esa tarea está embarcada hoy la sociedad latinoamericana con los resultados expuestos líneas arriba: frustración, desengaño y hartazgo ante la política. Y a pesar de ello empeño por la causa de la democracia, a la que no se llega sino por la política y, guste o no, en la acción política los medios desempeñan hoy un papel indiscutible. Son, como ya se señaló, algo así como la espina dorsal del poder, pero sirven también al cuerpo social. Papel incuestionable al menos en un doble sentido: por la migración rápida y ubicua de las ideas; por el poder de movilización social para actuar en una u otra dirección.

En cuanto a lo primero, hoy las personas migran en cantidades inusitadas, pero también migran las ideas. Utilizan para ello los soportes mediáticos. Hoy la migración de ideas se ha acelerado en tiempo y espacio: viajan a través de los circuitos electrónicos y digitales. Todo se sube a la red y se trabaja en red. Son codificadas en palabras, pero también, y quizás fundamentalmente, en imágenes. Quien usa y controla los contenidos de unos y otras se apropia de la idea migrante. En cuanto a lo segundo, ¿quién dicta hoy los rumbos de la vida social, de la actividad política, de la democracia? Se puede afirmar, sin determinismo, que los grandes consorcios financieros y mediáticos. Se trata ahora de una alta concentración mediática involucrada en la actividad política mundial. Tales consorcios se han conformado como la *nueva ágora*. La *telepolítica*, en un espacio público difuso, se convierte en simulación de la política real. Dualidad de una misma realidad. Dualidad deformadora y empobrecedora de su potencial comunicativo. En la nueva ágora: la mentira se ha instalado como política; la propaganda

ha sustituido a la información; la comunicación se ha tomado vacía de contenido humano. Ejemplo de ello, lo que los medios dijeron acerca del 9/11 en Estados Unidos, del 9/3 en España, del 7/7 en Londres y de la guerra contra Iraq a partir del 2004. Pero, no puede ser menos, a la telepolítica se suma el *telemarketing*. Es el corazón mismo de los medios convencionales y de las Tecnologías para la Información y la Comunicación (TIC). La mentira, la propaganda y la publicidad deforman, empobrecen y suplantán a la comunicación. Y esto no procede de la inocencia. Son productos conscientes. Tienen autores con nombre y apellido. Y con ellos movilizan multitudes en la dirección que señalan. Al menos hasta que la verdad de los hechos va saliendo a flote.

Desenmascarar al sistema mentiroso es tarea que corresponde hoy a aquellos actores sociales y políticos que sueñan que otro mundo es posible. Actores herederos de las utopías justicieras y libertarias que vienen desde el siglo XVI. En rechazo a la globalización mercantil y comercial, adoptan los más variados géneros literarios y se expresan en los diferentes medios impresos y electrónicos. El ejercicio periodístico no les es desconocido en sus géneros: artículo de opinión, crónica, comentario reportaje y, de vez en vez, en nota informativa. Escritores latinoamericanos de talla ofrecen sus ensayos literarios o de análisis social sobre la región. La misma comunicación epistolar ha sido rescatada, por ejemplo, en textos de zapatistas quienes, por cierto, han hecho un uso inteligente de las nuevas tecnologías. Y, como otros movimientos sociales, han construido redes de comunicación. La postergada utopía justiciera y libertaria del Nuevo Orden Informativo Internacional (NOII) y de las Políticas Nacionales de Comunicación (PNC) de los años setenta conoce hoy un nuevo ensayo, ojalá definitivo. Su espíritu late en la recién inaugurada Televisión del Sur (TELESUR). Proyecto compartido por varios países de la región (Venezuela, Cuba, Argentina y Uruguay) con objetivos similares a las iniciativas anteriores: desafío al imperialismo cultural, cuestionamiento a la dictadura mediática e impulso a la integración latinoamericana. “La niña bonita de la integración”, la ha llamado Hugo Chávez, presidente de la República Bolivariana de Venezuela.